

NETFLIX

UNA PELÍCULA
DE NETFLIX



— ANNE GUNN HALVORSEN & RANDI FUGLEHAUG —

ROYALTEEN

EL PRÍNCIPE AZUL

CROSS
BOOKS

— ANNE GUNN HALVORSEN & RANDI FUGLEHAUG —

ROYALTEEN

EL PRÍNCIPE AZUL

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Halve kongeriket. Drømmeprinsen*.
© del texto: Anne Gunn Halvorsen y Randi Fuglehaug, 2021
Publicado originalmente por Aschehoug Forlag, en 2021
Publicado mediante acuerdo con Oslo Literary Agency y Casanovas & Lynch Literary Agency.
© de la traducción: Mónica Sainz, 2022
© Editorial Planeta S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Esta traducción ha sido publicada con el apoyo económico de NORLA,
Norwegian Literature Abroad



La letra de las páginas 69 y 70 está tomada de: «WAP» – Cardi B featuring Megan Thee Stallion (2020, Atlantic Recording).
La letra de la página 149 está tomada de: «Pinne for landet» – Freddy Kalas (2014, Alter Ego Music, Universal Music).
La letra de la página 247 está tomada de: «Glo På Mig» – Tessa (2020, Universal Music).
La letra de la página 266 está tomada de: «DANCE» – CLMD, Tungevaag (2019, Trouble Music AS, Universal Music).

Primera edición: noviembre de 2022
ISBN: 978-84-08-26515-3
Depósito legal: B. 18.845-2022
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Bienvenidos de nuevo

—Ya estamos aquí una vez más.

El chófer puso el intermitente y los miró a través del espejo retrovisor.

—*Yes!* —exclamó Kalle mientras Margrethe permanecía inmóvil mirando a través de los cristales tintados.

El Instituto Elisenberg permanecía allí como si nada hubiese ocurrido, comprimido entre cafeterías y vías de tranvía en medio del barrio de Frogner, en Oslo. Llevaba más o menos vacío desde noviembre. Habían transcurrido dieciséis semanas desde que Elisenberg y el resto de colegios cerraran. Desde aquel momento, se había pedido a los alumnos que permaneciesen en casa para controlar las cifras de contagios. A partir de entonces, las fiestas, el baile de Navidad y todas las demás actividades divertidas que la gente esperaba con ilusión se habían cancelado.

Margrethe había estado encantada.

Por su parte, el confinamiento no podía haber llegado en mejor momento.

En Noruega, todos se enteraron de que habían ingresado a la princesa en el hospital después del baile de Halloween. Todos sabían que había estado de baja las dos semanas posteriores.

Antes de que le hubiese dado tiempo a regresar, había llegado la pandemia.

Ahora, el tiempo de descanso había terminado.

Margrethe dejó escapar un suspiro; tenía dolor de estómago.

—¿Por qué te detienes aquí, en la calle? —le preguntó al chófer cuando se percató de que el coche disminuía la velocidad fuera de la puerta.

—Nuevas reglas. Ningún coche puede acceder al patio del colegio. Por razones de control de infección. Los de seguridad ya están aquí —dijo el chófer, Rolf, y asintió con la cabeza hacia los dos hombres trajeados que siempre estaban en su campo de visión.

Las sombras, como su madre solía llamarlos. Estaban preparadas para entrar con ella y Kalle.

—¿En serio? —dijo Margrethe—. ¿Tenemos que atravesar todo el patio a pie?

Rolf asintió con brevedad, sin girarse.

—¿Cómo exactamente se supone que un coche podría propagar el virus? —preguntó Margrethe.

Kalle se inclinó hacia ella y le tomó la mano.

—Relájate, no pasa nada —repuso.

Ella miró a su hermano mellizo cinco minutos mayor, el príncipe heredero de Noruega. Es posible que fuese infantil e hiperactivo, pero se alegraba igualmente de no tener que hacer esto sola.

Kalle le soltó la mano y se quitó el cinturón de seguridad, claramente impaciente por salir del coche. Margrethe inspiró profundamente y dejó escapar el aire con lentitud.

No había vuelta atrás. Había llegado el momento de enfrentarse al mundo de nuevo.

—Sé lo que estás pensando —dijo Kalle—. Pero nadie se acuerda de Halloween.

Margrethe se mordisqueó el labio; sabía que estaba completamente equivocado. Pero ¿cómo iba a entenderlo? Desde el otoño pasado había querido contarle a Kalle lo que realmente sucedió esa noche, pero se había acobardado en cada ocasión. Ahora era demasiado tarde. Ahora solo deseaba que no se enterase por otra persona.

Kalle echó un vistazo a través de la ventana y se apoyó en el asiento del copiloto para tener una mejor visión del patio del colegio. Agitaba inquieto un pie, parecía un niño pequeño que justo acabase de llegar a un parque infantil.

Margrethe sabía a quién estaba buscando con la mirada.

Entonces, introdujo la mano en el bolso, sacó un espejo de bolsillo y se miró en él mientras se sacudía el cabello suelto. La máscara de pestañas negra lucía perfecta. Cogió el brillo de labios y se aplicó una nueva capa sobre la boca, presionó los labios y sonrió cordialmente al espejo.

—¿Ya te has arreglado la cara? ¿Preparada para el regreso? —preguntó Kalle asiendo la manija de la puerta del coche.

A Margrethe no le dio tiempo a responder antes de que agarrase la mochila y saliese del coche. Tuvo que darse prisa para no quedarse atrás.

Realmente era como si a su hermano le faltase algo. O como si tuviese algo extra que ella no había recibido. Una especie de escudo, un filtro. No es que no le importasen las cosas. Aunque con total honestidad, creía que él no se daba cuenta. El leve murmullo que siempre surgía cuando llegaban. Cómo todos, en un instante, se percataban de que estaban allí, la princesa Margrethe y el príncipe heredero Karl Johan. Incluso aquí, en el colegio, eran los protagonistas desde el mismo momento en que salían del coche. Como los únicos descendientes de la familia real, siempre estaban trabajando. Esto era lo que Kalle no conseguía comprender.

Una chica rubia con una cazadora de cuero demasiado corta se les acercó corriendo. Lena Karlsvik, la madre adolescente de Horten, se lanzó al cuello de Kalle. Se comportaban como si no se hubiesen visto desde hacía semanas, pero la verdad era que Lena prácticamente había vivido en su casa durante los últimos meses.

Margrethe se detuvo algo detrás de ellos, se llevó el bolso al hombro con impaciencia y esperó a que acabasen. Kalle agarró a Lena por la cintura y la alzó girando en el aire antes de dejarla sobre el suelo y besarla en toda la boca.

Lena había conseguido un príncipe. Kalle, un sapo.

Margrethe puso los ojos en blanco antes de pasar junto a ellos haciendo un gran arco para mantener la distancia. Maldijo las estúpidas reglas de prevención. ¿Por qué no podían llevarlos hasta la entrada en coche? ¿De verdad era mucho pedir? Se dirigió hacia la clase, intentando mantener la mirada clavada en el suelo para que no se le fuesen los ojos hacia el pasillo de los de tercer curso. No quería encontrarse con Gustav Heger, debía evitar atraer aún más atención hacia sí.

Mantuvo una sonrisa educada a través de todo el patio del colegio, intentando sacudirse de encima las largas miradas que los demás le dirigían. Las notaba en todo el cuerpo. Kalle se equivocaba. Estaban en marzo, pero cuando la gente la veía, todavía pensaba en Halloween. No había caído en el olvido. Todavía querían saber. Después del corto comunicado de prensa sobre que la princesa estaba ingresada en el hospital, internet se había llenado de especulaciones. Una de las teorías favoritas era que había tratado de quitarse la vida mientras estaba borracha, algo que era completamente imposible comentar sin explicar al mismo tiempo qué había pasado en realidad.

El propio ingreso ni siquiera era lo peor que había sucedido aquella noche.

Todos se les quedaron mirando antes de que Margrethe parpadease un par de veces.

—No se pueden dar abrazos, ¿no? —repuso.

Arnie alzó un pie para saludarla al estilo de Wuhan justo en el mismo momento en que ella alzaba el codo. El resultado fue que pareciera que estuviesen luchando por ganar la competición de baile más desastrosa del mundo. De verdad esperaba que nadie les hubiese grabado.

—¿Qué estáis viendo? —les preguntó.

Ingrid bajó el móvil con rapidez.

—Nada.

Margrethe se puso nerviosa de nuevo. En ese mismo momento, llegó su hermano con Lena de la mano. Kalle sonrió y señaló el teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¡Dámelo!

Ingrid se aferró al teléfono durante un instante antes de suspirar y entregárselo.

Pero nadie lo sabía.

Aún.

Finalmente, Margrethe localizó a la pandilla de clase. Ingrid, con un enorme gorro de lana marrón encajado sobre sus rizos salvajes; y Arnie, con la cabeza reluciente y desprotegida del frío. Había intentado cortarse el pelo él mismo durante el confinamiento, y cuando el resultado no fue el esperado, se había rapado la cabeza. Ahí estaba Tess, la pequeña *víbora-influencer*, con una ridícula raya de ojos y las largas trenzas sobre el hombro derecho. Margrethe se estremeció de puro odio. Estaba convencida de que Tess había estado vendiendo información y fotos de ellos a los periódicos durante años. Era curioso que Tess hubiese sobrevivido estos cuatro meses sin poder generar cotilleos sobre los mellizos reales. Aún más curioso era que su estúpida cuenta de belleza en TikTok hubiese conseguido reunir *más* seguidores en ese período. Seguramente los habría comprado.

Margrethe buscó a Fanny con la mirada. ¿Dónde estaba? Su mejor amiga había prometido estar allí.

Todos los de la pandilla estaban inclinados sobre el teléfono móvil de Ingrid, tan absortos que Margrethe comenzó a temerse lo peor.

Imagina que Gustav Heger les hubiese enviado... Imagina que fuese eso lo que ahora mismo estaban...

—¡Margrethe!

La cálida sonrisa de Arnie deshizo el nudo que se le había formado en el estómago.

No lo sabían.

El mejor amigo de Kalle también había estado en su casa a lo largo de todo el período. Cuando se dirigió hacia ella para darle un abrazo, Margrethe retrocedió automáticamente algunos metros. Los brazos de Arnie permanecieron alzados en el aire, y se le puso la cara roja como un tomate.